

Lilit, figura rescatada y explorada por la Cábala judeoespañola medieval,¹ pertenece a la cultura mitológica del hurto, la curiosidad y la búsqueda desmesuradas. Como Prometeo, Lilit transgrede la ley al "robarse" el nombre divino, convirtiéndose así en dueña y señora de los vientos; como Pandora, su vuelo y final refugio en las cavernas, donde "los gatos salvajes se juntarán con hienas y un sátiro llamará a otro" (*Isaías* 34:14), derrama y disemina sobre el universo la caja de todos los así llamados males, particularmente aquellos asociados a la sexualidad. Lilit es una Madre insubordinada que, a diferencia de sus homólogos griegos, no recibe el castigo de los dioses, ni se le expulsa del mundo paradisiaco creado para ella y su compañero; abierta y expresamente se autoexilia: toma su propio camino y opta por el *otro* lado de la Creación: no el paraíso, sino justamente el exilio como caída, no la luminosidad del día, ni la espesura de la vegetación paradisiaca, ni la generosidad de sus frutos; Lilit se inclina por las sombras de la noche, por hacer surgir, quizás, de esa opacidad los instintos y deseos más silenciosos. Los nombra. Y finalmente, quien siente temor ante Lilit, no teme sino darles nombre a esos instintos.

Lilit, cuenta la leyenda, fue la primera mujer de Adán. A su belleza incomparablemente superior a la de Eva, se sumaba el hecho de haber sido creada absolutamente como un ser igual a Adán: de tierra. Este rasgo de igualdad, motivo de su separación y huida, la lleva a no aceptar la relación amorosa en una única posición. Cuando solicita de su compañero invertir las posiciones en la

¹El *Alfabeto de Ben Sirah*, escrito en los siglos IX o en Persia o Arabia, podría ser considerado la fuente de información para considerar a Lilit como la primera mujer de Adán.

cópula, Lilit va más allá de lo previsto por su creador. No hay lugar en ese paraíso para dos iguales, Lilit deberá aceptar su lugar subordinado, amar a su hombre desde abajo, nunca encima de él. Pero Lilit no acepta la imposición de mirar siempre y sólo hacia arriba, por eso huye; sabe que su lugar está en otra parte, que la otra cara del paraíso la espera y, sobre todo, se sabe poderosa: Dios mismo, al crearla, le ha otorgado ese poder al revelarles su nombre. Entonces ella pronuncia el nombre inefable y con ello libera al mundo de las ataduras (límites) del conocimiento y la imaginación, pone punto final a la inocencia. De ahora en adelante, nada podrá detener su vuelo; se alojará en las cavernas junto a seres abominables y aparecerá en el lecho de hombres y niños, fugaz y puntualmente, confiada a la luna menguante que hará de testigo y cómplice de su llamada al instinto, a esa naturaleza profunda que constituye al hombre en igual medida que la otra: la que se somete a la ley. Lilit dará la cara por esa *otra parte* de nosotros mismos, y no sólo, Lilit dará también la cara por esa *otra parte* de Dios.

Su decisión de morar en las cavernas es tan clara y definitiva que cuando Dios envía a tres de sus ángeles, a pedido de Adán, solicitándole que vuelva, ella se niega argumentando astutamente con las propias leyes divinas: Lilit no puede volver al lecho matrimonial porque ya ha copulado con Samael, el ángel caído. Ante esto y dentro del discurso legitimador de la ley, Dios no tiene nada más que hacer; al no poder forzarla a regresar, lo único que queda es el pacto: Lilit no podrá hacer daño a los niños después de los 8 días de nacimiento y a las niñas al mes, además de que siempre que se encuentre un amuleto con su imagen o nombre grabados, Lilit deberá retirarse. Si no lo hace, miles de sus engendros morirán cada día. Si pudiera hablarse de castigo, éste sería el castigo de Lilit: no poder mirarse al espejo, estar condenada a huir de su propia imagen, a no reflejarse, como el vampiro, o quien ha vendido su alma al diablo. Por algo está hecha de fuego, porque mirarse es

² La *Vulgata*, inclusive, se refiere a ella como un demonio femenino, mitad mujer, mitad vampiro, que seduce a los hombres para después chuparles la sangre.

desaparecer, chocar contra un muro, o como escribe Bachelard, “es imposible escapar a la dialéctica del fuego: tener conciencia de arder es enfriarse, sentir una intensidad es disminuirla: es necesario ser intensidad sin saberlo. Esta es la amarga ley del hombre activo” (Bachelard, 1973:236) De ahí que Lilit no pueda ser combatida sino a través del amuleto, de su imagen, es decir, de sí misma.

Por su nombre, Lilit se emparenta con el viento (en babilonio, *lil* significa viento), por su materia, con Dios. De la cintura hacia abajo, Lilit está hecha de fuego ardiente, y este elemento la constituye en su parte medular como el lado riguroso y severo de un Dios ambivalente —bueno y malo a la vez— que está construido del mismo elemento y que ha construido un mundo a su imagen y semejanza. “Porque Yaveh tu Dios es un fuego devorador, un Dios celoso” (*Deut.* 4: 24). Por ser devorador, el fuego no puede enfrentarse a sí mismo, al mirarse de frente, se aniquilaría. Por eso, quizás, Dios prohíbe el uso de su nombre, que no es sino su imagen; quien lo hace, o adquiere el poder de escapar a su dominio, —como Lilit, o se quema. Y quién sabe si esta prohibición provenga del hecho de que ni Dios mismo se atreva a pronunciar su propio nombre. Quizás con esto convoca a todas sus cualidades incluidas aquellas que tocan de cerca a Lilit, a la que escapa.

Desde el momento en que la Cábala emparenta a Lilit con el fuego, su figura queda asociada con el nacimiento de la cultura, sólo que esta marca lleva más la impronta de su vertiente negativa; el fuego en Lilit está referido a una prohibición general, a un tabú que impone su mera presencia como algo intocable, tan intocable como la sacralidad del nombre divino. Y es que Lilit, desde su voluntaria caída, ha despreciado la tendencia del fuego hacia lo alto y, sin embargo, ha optado por el vuelo para mejor mirar hacia abajo. A Lilit le interesan los bajos fondos, los instintos más oscuros e insospechados: ahí encuentra material para seguir construyéndose y construyendo esa otra parte de mundo que la solicita en todo momento, porque incluso la propia Biblia, sin pronunciar su nombre más que una sola vez, la tiene presente permanentemente: “Si no fuera por el impulso al mal, ningún hombre construiría una

casa, tomaría esposa, tendría un hijo, o emprendería un negocio" (*Gen. Rab. 9:9*, cit. en Biale 1987: 177). Impulso pues de vida, Lilit no deja sin embargo de excitar e incitar a su opuesto; en ella, el eros se manifiesta más en su forma de tanatos, aquí es donde se concentra su fuerza vital, la perversión es, por así decirlo, su ambiente natural.

Su morada en las cavernas no es una mera metáfora, es una opción clara y decidida del lugar que desea ocupar en esa vasta, compleja, pero sobre todo, ambivalente estructura de la Creación. Lilit desconfa del paraíso que supuestamente contempla sólo el bien y, en ese sentido, la igualdad. Adán y Lilit, a pesar de estar hechos ambos de tierra, no pueden convivir como iguales y, ante todo, el mal ya ha sido introducido desde el momento en que Dios ha colocado, en medio del jardín edénico, el árbol del conocimiento del bien y del mal, desde el momento en que la ha creado a ella. Porque quien es capaz de discernir entre el bien y el mal, participa ya del mal. Pero Lilit da un paso más allá, y en su desconfianza decide correr el riesgo de salirse de su entorno institucional y encarnar el mal, no dentro sino fuera del dominio planeado y pensado por la autoridad, es decir, por la ley divina. Para Lilit no hay vuelta de hoja, no hay un posible regreso a la utopía, ni añoranzas ni nostalgias de paraísos ficticios. Las cavernas donde habita son reales, tan reales como los generosos frutos del Edén; y sin embargo hay algo en ellas que atrae y fascina más, quizás, el hecho de que su existencia perturbe y ponga en peligro la existencia misma de la "armonía" del mundo, porque el mundo, lo dice también la Biblia, no fue creado sólo de la bondad y generosidad divinas; el mundo incluye, desde su nacimiento, el mal, el miedo, las convulsiones, las pesadillas, la masturbación, es decir, el rigor de un dios, que en buena parte está asociado con la creación de Lilit y de estos llamados "males". Sin ellos, el mundo no tendría parámetros para significarse. El paraíso, queda claro a partir de Lilit, no es más ese espacio transparente de un solo plano que nos ha vendido la historia de la religión e inclusive la mitología. Hay algo más complejo y ambiguo en ese pretendido edén de contornos claros y lisa superficie.

Ahora bien, si la Creación para la Cábala no puede pensarse sin Lilit, Lilit tampoco puede pensarse fuera de la doble estructura de Dios, del hombre y del mundo. La Cábala judeoespañola medieval abunda en la idea de la androginia original de Dios y el hombre, androginia considerada más allá de sus términos genéricos, es decir, contemplada básicamente como ambivalencia y ambigüedad. Así, toda la cosmogonía y cosmología cabalistas se sustentan sobre la base de un Dios "escindido" aunque "complementario", que crea el mundo manifestándose a través de sus diez atributos o emanaciones. En ellas, Dios no sólo se manifiesta en su naturaleza bisexual, sino como alguien en quien las fuerzas de la misericordia y el bien participan de su constitución tanto o en igual medida que el rigor, la destrucción y el mal. En esta estructura binaria, en esta sexualidad equívoca, el lado izquierdo de Dios y, en consecuencia, del hombre, responden por esta última calidad de atributos. Así, el rigor y el mal quedan asociados, en este esquema de emanaciones, a las categorías de lo femenino, mientras que el lado derecho da cuenta de la bondad y misericordia divinas: atributos de lo masculino. Está escrito en el *Zohar*: "יְהוָה אֱלֹהִים יָרָא אֶת הָאָדָם" (*Gen. 2:7*) Desde entonces el hombre está completo, a derecha y a izquierda. Hemos aprendido que era perfecto por su inclinación al bien. Pero "יְהוָה אֱלֹהִים יָרָא אֶת הָאָדָם" indica que Lo creó por su inclinación al bien y por su inclinación al mal. ¿Y por qué? La inclinación al bien es para él mismo, mientras que la inclinación al mal hace que se despierten en él los sentimientos hacia la mujer." (*Zohar*, 1981: I-49a)

En este sentido, y quizás de manera sobresaliente en la historia del pensamiento religioso judío, el papel del mal en la economía de la Creación ocupa, en la Cábala, un lugar de primer orden. Si se pudiera hablar desde una perspectiva temática de los ejes que dan direccionalidad a la cosmovisión cabalista, habría que referirse abiertamente al problema de la sexualidad y, en particular, al problema del mal. Como parte de una vieja tradición mística, no menos, quizás, de una tradición pagana, y a un lado de la ortodoxia y filosofía judías, el cabalismo medieval, en mayor o menor medida, introduce la noción del mal, no como algo accidental,

aleatorio o circunstancial sino justamente como categoría estructural que permite pensar y concebir el universo como una totalidad compleja, probablemente menos clara, serena y transparente, aunque no por eso menos sugestiva e inquietante.

En un mundo visto así, Lilit no puede ser y no es una mera figura del folklore místico; al huir a las cavernas, Lilit se convierte en el lado oscuro de la Creación y, consecuentemente, en el lado oscuro de un dios que ha sufrido irremediamente el desgarramiento de una buena parte de sí mismo, porque su huida involucra tanto a Adán, su compañero, como a aquel que le ha dado vida. Por eso es que el *Zohar* pone en provocativa relación a la *Shejinah*, Presencia divina femenina, el otro yo de Dios, sinónimo de belleza y santidad, con la propia mujer de Samael. "Ven y mira: la Shejinah es a veces llamada la Madre, a veces, la esclava (Lilit), y a veces, la Hija del Rey". (Herman, 1978: 45) De la misma manera en que Dios padece el alejamiento de su parte tortuosa, Lilit también se autoexilia de su "yo" bondadoso. Y sin embargo, hay un punto, un lugar, en donde la Cábala hace que esta relación quebrada recupere su forma unitaria; la sexualidad va a ser el dominio donde, en secreto, se dará la relación de lo humano con lo divino, del bien con el mal, pero además, será justo el espacio donde las dos fuerzas opuestas se unirán para restablecer la armonía del mundo. Porque la armonía, si se entiende a fondo, tiene dos puntas; es, a diferencia de como se la concibe, una superficie accidentada, llena de hoyos negros. Nada más lejos de lo armónico que las planas superficies, ni nada más cercano a Dios que las tinieblas de la noche; "ni la misma tiniebla es tenebrosa para ti", dice el Salmo 139.

No hay, pues, en esta visión del mundo, ningún dominio, ningún aspecto de la vida ajeno al instinto maligno de Lilit, ya que ella misma representa esa cara oculta y tenebrosa de la Creación por la que el hombre tiene necesariamente que pasar para llegar a la otra orilla, para convertirse, a fin de cuentas, en un ser perfecto. Porque la perfección sólo puede llegar del lado izquierdo, del lado del rigor y lo demoníaco. Y es así como el *Zohar* entiende la entrega de la

Torah en el desierto, en ese lugar donde las fuerzas del mal dominaban a un pueblo:

Las palabras de la *Torah* residen sólo aquí, ya que no existe luz si ésta no emerge de la oscuridad. cuando esa (Otra) Parte es dominada, el Sagrado, bendito sea, se eleva y es glorificado. Y no existe adoración divina excepto en medio de la oscuridad, y ningún bien si no es en medio del mal. Cuando una persona se interna por un mal camino y lo abandona, entonces el Sagrado, bendito sea, se eleva en su gloria. Así, la perfección de todo incluye al bien y al mal. Esta es la total adoración. (*Zohar* II: 184a)³

La oscuridad de la noche y de las cavernas adquieren, necesariamente, en la tradición judía y a partir de la concepción cabalista, un nuevo tinte. El mal deja de ser tan malo, y el bien tan bueno; desaparecen los términos absolutos y Lilit, al ocupar en este contexto el amplio lugar que desde siempre le corresponde, revaloriza y resignifica el mundo. El miedo en las noches, los placeres de los hombres que durante el sueño procrean demonios, la sonrisa del recién nacido, la angustia del epiléptico o el placer solitario quedan asociados a Lilit no como fenómenos de mal agero, sino como experiencias integrales y necesarias; Lilit, como un vestigio del mundo pagano, viene a apuntalar la realidad y a devolverle el nexo que la cultura judeocristiana había disuelto entre el dominio del bien y del mal. La Cábala, en este sentido, recupera la babilonia de los instintos para mejor explicar a Dios y su obra.

Y sin embargo, cabría preguntarse por qué en esta economía de la Creación, el lado izquierdo y lo femenino pertenecen a la oscuridad y la noche, por qué está escrito que "el despertar del amor del hombre hacia la mujer se produce por el lado izquierdo" (*Zohar*, 1984a: I-133a), es decir, por el lado del mal. Aquí, habría, probablemente, que remitirse tanto a la materialidad de Lilit —el fuego y el aire—, como a la marca de la alianza que Dios establece con el hombre judío, a esa inscripción del nombre sagrado en el

³ Este caso utilizo la versión de Wolfson, 1988, por parecerme más fiel al original en arameo, y no la traducción de Pauly que presenta algunos problemas. (Wolfson, 1988: 19)

miembro masculino, que lo convierte desde ese momento en un miembro sagrado, y por sobre todas las cosas, *marcado*. "Israel lleva la marca del signo sagrado en el cuerpo, y así se sabe que ellos Le pertenecen[...]. Por lo tanto, todos aquellos que no lleven la marca del signo sagrado en el cuerpo, no Le pertenecen; se sabe que ellos vienen del lado de la impureza." (*Zohar* III: 72b-73a).

Pero precisamente aquí radica la ambigüedad de la alianza. Si bien es cierto que la sexualidad, debido a esta marca divina en el órgano sexual masculino, es el espacio privilegiado de unión con la divinidad, también es cierto que esa marca está ausente en la mujer. Dios no deja ninguna inscripción de su nombre en el cuerpo femenino, de ahí que todo su entorno se convierta en algo incierto, de dudoso origen y de un frágil sentido de pertenencia. Y, quizás, para reforzar este carácter incierto, la Cábala invierte la familiar asociación de los elementos con lo femenino. El agua y la tierra, por sus características menos indeterminadas, se desplazan hacia lo masculino, mientras que justamente, el aire y el fuego, por inaprehensibles, por no dejar huella, se asocian con lo femenino. Lo efímero y nebuloso del aire y del fuego corresponden, en este sentido, a la "desmarcación" de Lilit y, por qué no, a su curiosidad y desmesurada búsqueda. Si Lilit libera al mundo de los límites del conocimiento y, sobre todo, de la imaginación, si el fuego del que está hecha se asocia al nacimiento de la cultura, ¿no será Lilit aquella parte no marcada de Dios, del hombre y de la escritura bíblica, como espejo de la divinidad, la que hace del cabalista un obsecado intérprete de las Escrituras?, ¿no será esta ausencia de marcas, inherente a una parte de la Creación, la que da impulso a la infinita interpretación de la Cábala, al desenfrenado interés por descifrar, en las Escrituras, aquella oscuridad desmarcada, y por lo tanto, huidiza?

Esther Cohen es profesora de Filosofía y Teología en la Universidad de Tel Aviv, donde dirige el programa de estudios de Filosofía y Teología. Ha publicado varios libros y artículos sobre filosofía y teología. Su último libro es *La Cábala y el arte* (2010).

Esta existencia discontinua aparece a menudo como una presencia que se vive en un mundo a partir del roce con situaciones y circunstancias que solo aparecen en los momentos de transición. A veces, la conciencia se encuentra en una situación de transición, a veces, solo en la historia, a veces, en la historia de la historia. *Dos momentos de espíritu cabalista* (Mallarmé y la Cábala cristiana)

Quizá la historia universal es la historia de la diversa entonación de algunas metáforas. Borges

Extrañas e inesperadas formas de aparecer y mostrarse tienen las ideas, que hacen que periodos aparentemente opuestos o lejanos en el tiempo respiren en más de un sentido una misma atmósfera. Son formas y modalidades que, si se quiere, poco tienen que ver con la lógica. Las ideas no son monumentos preservados, congelados, que puedan ser indiscriminada o intencionalmente puestas de nuevo en circulación. Lo imaginario de una época, sus obsesiones y angustias, sus miedos, su manera de experimentar lo sagrado, su forma de entender el vínculo con el mundo, con el arte y con el hombre no puede ser, así, esquemática y friamente transplantado en suelo ajeno. Pero, ciertamente, las ideas tampoco quedan petrificadas en su suelo ni en su tiempo. Han hecho del mundo otro mundo y del hombre, otro hombre; su presencia ha modificado en diversos sentidos el rumbo de la historia; esas ideas no son meros accidentes que puedan ser dejados atrás, una vez superados, sino verdaderos acontecimientos que han puesto al hombre frente a sí mismo, que lo han modelado obligándolo a mirarse de la misma, pero también de otra manera. De ahí que, no obstante sus intervalos de silencio, sus discontinuidades, reaparezcan en otro momento, no para dar cuenta de su pasado, ni de su gestación, sino para dar forma a una nueva realidad.